

Detienne, Marcel, *Dioniso a cielo abierto: los mitos del dios griego del desenfreno*, Barcelona, Gedisa, 2003, 127 pp.

A lo largo de este libro, Detienne se propone rastrear y analizar los diversos mitos de Dioniso para desentrañar la naturaleza oculta del dios. Será de gran interés para aquellos que gustan de la mitología griega y deseen conocer más acerca de la cultura antigua en general. Son de especial importancia para el estudio que se propone Detienne los mitos que nos han quedado sobre Dioniso en las obras de Homero, Hesíodo, en la tragedia *Las bacantes* de Eurípides, en los datos de Apolodoro, Pausanias, Platón, Aristóteles, Ovidio, entre otros. Hay además un arduo trabajo interpretativo que retoma los demás estudios que se han hecho en la época moderna sobre Dioniso, prueba de esto son las constantes apelaciones a expertos en el tema como Vernant, Otto, Rohde, por decir algunos. Así pues, en su estudio Detienne nos ofrece un completo análisis, tanto de los mitos antiguos como de la recepción moderna de los mismos.

Me he referido anteriormente a la

naturaleza oculta de Dioniso debido al frecuente desconocimiento del trasfondo de sus orígenes, de sus mitos, de la inmensa influencia que tiene aún en nuestra época. Por esto, es de gran relevancia el estudio de Detienne al permitir entrever la vigencia de este dios y al tener el propósito de desentrañar la naturaleza de Dioniso a través de sus mitos, ya que en ellos está consignada su manera de ser, sus milagros, sus acompañantes y sus andanzas alrededor del mundo. La naturaleza de Dioniso es descrita por Detienne de la siguiente manera: “En Argos, Lesbos, Eleuteria, Olimpia, Tasos y Delfos y Orcómeno, y hasta en la isla misteriosa de los bordes del Atlántico, allá, y más allá todavía, Dioniso surge, salta, danza, agarra, desgarrar, hace delirar. Entrelazando en el arco iris de sus apariciones los colores afines de la sangre manante y del vino espumoso. Dioniso, el que atrapa brutalmente, el que hace tropezar a su presa, la arrastra a la locura,

la muerte, la corrupción; Dioniso, el de las vides maduras en un día, el de las fuentes de vino, de la bebida embriagadora y que da la esfervecencia” (pp. 12-13).

El libro se divide en cuatro breves capítulos en los cuales Detienne desarrolla diferentes máscaras de Dioniso, pues, de todos los dioses griegos, es éste el más contradictorio y ambivalente. En algunos casos, es un dios cruel que condena a la locura allí donde es cuestionada su propia divinidad; hace que sus seguidoras salgan furtivamente de sus hogares para vagar libremente por los bosques y, en medio del éxtasis dionisiaco, despedazar a sus propios hijos. Por otra parte, en su inmersión en Atenas, por ejemplo, es un dios liberador al quitar las penas cotidianas por medio del vino y, por esto, Dioniso es causa de alegría a los mortales. En este sentido, las máscaras del dios son como diversas actitudes, facetas de su existencia que llevan a hacerlo él mismo. La máscara de locura provocada por los celos de Hera, la máscara del dios cruel en busca de reconocimiento como hijo legítimo de Zeus, la máscara del dios creador del vino; todas estas máscaras constituyen un solo ser, que a pesar de su carácter ambivalente y contradictorio, sigue siendo Dioniso.

En el primer capítulo, que se titula “El dios epidémico”, se desarrollan los mitos acerca del nacimiento de Dioniso y su difícil aceptación entre algunos pueblos por su carácter extraño, pues Dioniso “es siempre un extranjero, una forma a identificar, un rostro a

descubrir, una máscara que lo oculta tanto como lo revela” (p. 31). Por estar presente en la naturaleza de Dioniso, este carácter interno que consiste en manifestarse ocultándose, en poseer tanto la vida como la muerte a causa de su doble nacimiento, en no poder ser proclamado como un hijo de Zeus por temor al castigo de Hera (vemos este mismo caso en Heracles), obliga a Dioniso a buscar su propio reconocimiento como divinidad; Dioniso tuvo que ganarse su lugar en el Olimpo. Se vio obligado a realizar actos contundentes que demostraran su carácter divino, mas la forma en que lo hizo es lo que determina su propia naturaleza, pues otorgaba la locura a quien no lo reconociera como lo que realmente era. Ponía fuera de sí a las mujeres de un pueblo, primero haciendo que salieran de sus casas en la noche para recorrer los bosques y, luego, en medio de su éxtasis dionisiaco, llegaban incluso a matar a sus propios hijos, por lo cual la tierra quedaba infértil y todos se veían obligados a rendirle culto a Dioniso. Dos son los casos epidémicos que cita Detienne, a saber, el de Proitos y el de Licurgo. Este método que Dioniso usaba para ser reconocido fue interpretado como una epidemia tanto por los interpretes modernos como por el mismo Detienne: “las epidemias son sacrificios ofrecidos a las potencias divinas: cuando ellas llegan al país, cuando se entregan a un santuario, cuando asisten a una fiesta o están presentes en un sacrificio” (p. 19). El sacrificio que Dioniso exigía era uno de los más trágicos para la

raza humana: ver a la propia madre destrozarse el cuerpo de su pequeño hijo creyendo que era un animal salvaje; esto sólo se podía conseguir por la influencia de algún dios. Recordemos pues que la *manía*, para la mentalidad griega, era entendida como la posesión divina de un cuerpo. Además, para ser reconocido como un dios, Dioniso tuvo que recorrer casi todo el mundo. Así fue que anduvo por Egipto, India y toda Grecia conquistando los corazones de cuanto mortal se encontrara, acompañado por su séquito de sátiros y ménades. Es por esto que “Dioniso es seguramente el más cosmopolita de los dioses de Grecia” (p. 11). Su culto no tiene límite alguno, no tiene ningún lugar determinado.

El segundo capítulo llamado “Inventar el vino y advenimientos lejanos” narra las diversas y hermosas historias de cómo es descubierto el vino por los mortales e inclusive cómo lo descubre o inventa el mismo Dioniso. Cuenta, además, el aprendizaje del hombre al conquistar el poder del vino, al conocer sus propiedades y beneficios, dándose cuenta de que “la sangre de la tierra” podía ser ambivalente al estar a favor de la vida o a favor de la muerte, del desenfreno, de la desmesura. Debido a esto, en Atenas se comenzó a gustar del vino bien temperado, mezclado con agua para no caer en la locura a la que conducía su exceso.

En el tercer capítulo titulado “La isla de las mujeres”, Detienne desarrolla las andanzas de Dioniso por “la isla misteriosa de los bordes del atlántico”. A través de un mito bastante peculiar

de la zona; Detienne enfatiza en las nociones del brotar y el saltar o, en últimas, en el carácter de espontaneidad que rodea el culto a Dioniso. Puesto que el influjo extático del dios puede llegar y acabar en cualquier momento. Finalmente, en el último capítulo llamado “Dioniso a corazón abierto”, Detienne desarrolla el mito órfico de Zagreo, quien es la versión órfica de Dioniso, para destacar el papel del corazón. Al respecto, Detienne dice: “el corazón palpitante está tan íntimamente asociado a Dioniso y a su poder, que la teología órfica ha alojado en él el renacimiento del dios llevado a la muerte y devorado por los Titanes” (p. 120). Recordemos que al momento de los Titanes destrozarse y devorar el cuerpo de Dioniso-Zagreo, convertido en un toro para poder escapar, es su corazón lo único que queda y por lo cual es posible el renacimiento del dios. Por este motivo, el corazón es un órgano fundamental para el culto a Dioniso, pues gracias a él se posibilita la vida misma. En este punto son fundamentales las citas que Detienne hace de Platón y Aristóteles enfatizando la importancia de este órgano, por ejemplo de Aristóteles cita que “el corazón es el principio del ser vivo; es el primero y el último en el orden biológico” (p. 119). Esto deja clara la estrecha relación entre el corazón y la vida, entre Dioniso y la vida que salta, que brota espontáneamente sin control como los latidos del corazón, pues nadie decide por voluntad que su corazón deje de latir.

Ahora bien, ¿qué importancia

tiene un estudio como el que Detienne realiza sobre la naturaleza de Dioniso, o cualquier trabajo sobre Dioniso en general, en nuestra época? Dioniso es un dios que no puede morir, que está destinado a ser la alegría de los mortales hasta que dejemos de existir, pues siempre que el maravilloso vino haga su presencia y el deseo de vivir esté presente en toda su exuberancia, Dioniso estará inexorablemente latente. Como dice Detienne: “si Dioniso tiene hoy alguna vigencia, Baco es un dios vivo. Juvencia le es entregada a cada libación en cualquier parte del mundo, y cuantos más refinamientos conoce la cultura del vino, más intensa es la presencia de aquel que Baudelaire llamaba “el dios misterioso en las fibras de la vid” (p. 11). Es imposible resistirse a la fuerza implacable de este dios, su naturaleza es tal que tiene que manifestarse tarde o temprano, ni siquiera el gran Apolo con su sabiduría del μηδὲν ἄγαν [nada en exceso] puede contenerlo por siempre. Así pues, conocer la naturaleza de Dioniso es conocer nuestra propia naturaleza, ambivalente en sí misma, permeada por aquel sentimiento de extrañeza ante nosotros mismos, como si fuéramos extranjeros ante nuestros propios cuerpos, ¿no es acaso este el efecto que queda después de la embriaguez? Otras veces tan sólo quisiéramos liberarnos de los pesares de la vida cotidiana y acceder a una copa de vino. Cualquiera que haya sentido el ritmo de su propio cuerpo, los latidos impetuosos de su corazón por influjo de la sangre de Dioniso, ha sentido la presencia del

dios en todo el despliegue de su ser, se ha sentido fuera de sí y ha contemplado la verdad que une todas las cosas bajo una misma figura, la vida exuberante y la muerte inexorable. Dioniso siente lo oculto que desea manifestarse en cada ser y lo libera mediante un éxtasis hacia lo infinito, haciendo brotar la espontaneidad de los seres que se aprisionan en sí mismos y borrando las penas que la vida cotidiana lleva consigo. Los griegos descubrieron lo que renace una y otra vez, lo que el tiempo no puede devorar, aquello que tiene por naturaleza la eternidad y por consuelo la exuberancia.

En su estudio, Detienne resalta los rasgos imperantes de este dios frenético y lleno de vida. Con esto, determina la naturaleza de Dioniso o, en otras palabras, desarrolla un aspecto fundamental de la cultura clásica griega, a saber, aquel que escapa a una concepción racional y no goza de una claridad conceptual, sino que vive directamente en los corazones extáticos de quienes han renunciado a ser ellos mismos. Pero no sólo la cultura griega ha sentido dentro de sí la presencia de Dioniso: “Para el embajador del rey Seleucos que, después de Alejandro, descubre la India y sus divinidades, sólo Dioniso puede equivaler a Siva, el Benévolo pero también el Terrible, a quien se manifiesta la muerte en cada víctima sacrificada. Y cuando los Gentiles, contemporáneos de Plutarco, evocan al dios de Israel, el de la Fiesta, el de la cosecha de los frutos —las hijas de Silo se van a bailar a las viñas— es aún Dioniso, ya el Osiris de Egipto,

quien da a Jehová un nombre conocido por todos” (p. 11).

Así pues, la presencia de este dios universal es imperecedera y digna de ser recordada para siempre. Lo que efectivamente logra Detienne con su libro es recordarnos la presencia inmanente de Dioniso en nuestras propias vidas.

ANDRÉS ALARCÓN OCHOA
Filosofía
Universidad de Antioquia



**NARANJA
PIXEL**

**Hay muchas naranjas en el supermercado...
... pero sólo las nuestras dan el mejor jugo.**



**Diseño y desarrollo web
Diseño de material multimedia
Diseño de material impreso y publicitario
Venta de hosting y dominios
Comercio electrónico**

**(574)5213822 - 310 3897069 - 310 3829452
www.naranjapixel.com - info@naranjapixel.com**